



POR segunda vez en poco más de una década, ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, como portavoz de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos, se ve en el triste deber de dar cuenta del fallecimiento del presidente de dicho instituto; y en ambos casos, refiriéndose, como es lógico, a personas de excepcionales benemerencias y aun también a que ambos, pocas horas antes de su óbito, estaban en el pleno uso de su rica vitalidad, pues el anterior presidente, señor Mora, falleció, como se recordará, en accidente de carretera, y don Javier Goerlich, nuestro difunto actual, conversaba con quien esto escribe, en plena lucidez, la noche anterior al trance, sobre asuntos de la Academia, de su salud, más bien de la de su esposa, y otros temas de los que en el campo de la amistad y la cultura solían interesarle.

Pretenden estas líneas, a las que siguen otras más autorizadas, dejar constancia, en el lugar que procede de la revista de la Academia, del duelo de ésta, huérfana, en la ocasión, como bien puede afirmarse sin hipérbole y casi sin metáfora.

Sirve de humano consuelo la unánime manifestación de condolencia en la ciudad y fuera de ella —como acusaron amplios y vibrantes espacios de los órganos de prensa—, y aun, como el mejor lenitivo ultraterreno, la disposición de consciente caballero cristiano con que don Javier afrontó, o preparó, mejor dicho, ya que no el trance mismo, ignorado en su acontecer concreto, sí su posibilidad, su riesgo probable, a fecha incierta, pero por él presentido, imprecisa, pero implacablemente.

Don Javier Goerlich logró —como es privilegio de los que sirven a conciencia un puesto— fundirse realmente, casi, con la Academia y personificarla no sólo en la medida que toda presidencia exige, sino con entrega total y acuciante obsesión, en cierto modo paternalista, dictada por su cariño a la casa, para la que ningún detalle era nimio y todo cumplimiento ineludible. Completar esa visión de su dilatada presidencia, con detalles de concreto mecenazgo, de reiteradas donaciones generosas o de promoción de nuevos cometidos académicos —esa Sección de Música...— sería, cierto, enriquecer, nutrir un buen teatro, pero quizás un poco también permitir que el árbol estorbara la visión del bosque.

No puede soslayarse el valor emocional, signifi-

cativo, que tuvo para todos el que su esposa, y en todo colaboradora, doña Trinidad Miquel Domingo —que en el linaje llevaba la vena artística preclara—,



le siguiese a la tumba antes de los veinte días. Su pérdida, que completó la pesadumbre, y la orfandad, son duelo de la Academia y de ARCHIVO, como entonces lo fue de toda la Valencia culta, artística, sensible, humana...

Descansen en paz los Excmos. Sres. D. Francisco Javier Goerlich Lleó y D.^a Trinidad Miquel Domingo.

A. DE A. V.

(Retrato, al óleo, de Garcia Carrilero. Real Academia de San Carlos.)